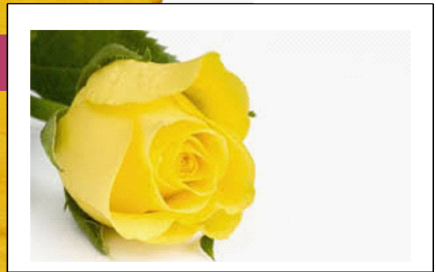


Por:

Millie Vázquez
Ministerio Evangélico
de Reconciliación, Inc.



SIERVOS DEL SEÑOR

Es lindo decir, soy un siervo del Señor. La expresión se oye tan espiritual, que nos gusta decirlo, y se nos expande el pecho, al pronunciar estas palabras. Sin embargo, ¿sabemos lo que significa siervo, y lo que conlleva este título? Pablo sí lo sabía.

De una manera breve, y simple quiero hablar un poquito sobre este tema. Analizaremos sin muchos detalles, lo que es ser siervo, y lo que conlleva poner un título de honor como ese a los pies de Jesucristo.

SOY UN SIERVO DEL SEÑOR

- El diccionario de la Real Academia Española define la palabra siervo “como la persona que sirve a otra y está sujeta a su autoridad.
- El Nuevo Diccionario Bíblico Ilustrado, relaciona al siervo con un ministerio, y dice que ministerio, (servicio) es el acto de ministrar o servir. En heb., el que sirve es denominado con el término ebed, que implica un servicio voluntario u obligatorio, y designa a todos aquellos que tienen que servir.

El autor de Romanos se identifica como Pablo, el apóstol. Entre las teorías mencionadas para este hecho está el hecho de que el escrito sea reconocido como de Pablo por Clemente Romano, Ignacio, Justino Mártir, Policarpo, Hipólito, Ireneo, Tertuliano, Agustín y otros. Además, en el Canon Muratori, figura la carta como de Pablo. La autenticidad paulina de la carta es universalmente admitida.

En el libro de Romanos Pablo asegura a los creyentes de Roma que él con frecuencia ha pensado predicarles el evangelio, pero hasta ahora ha sido estorbado ir. Fue escrita hacia el final de su tercer viaje misionero. Pablo estaba en Corinto como huésped de Gayo (Rom. 16:23). Pablo escribió esta epístola con el fin de preparar el camino para el ministerio que esperaba tener en Roma y para la misión en España. El tema de Romanos se presenta en 1:16-17: en el Señor Jesucristo la justicia de Dios se revela como la respuesta a su ira contra el pecado.

PABLO SIERVO DEL SEÑOR ROM. 1:1

Pablo se llama a sí mismo, siervo (esclavo) (de la palabra griega doulo), de Jesucristo, apartado para el evangelio de Dios.

En Rom. 6:15-23, Pablo habla a los gentiles, y el versículo 22, les dice: “Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos (doulos) de Dios, tenéis por vuestro furto la santificación, y como fin, la vida eterna.”

Esta porción bíblica comienza con unas preguntas que Pablo hace incluyéndose a sí mismo. Aparentemente, el pueblo se descuidó en la búsqueda de la santidad, ya que entendían que al vivir bajo la gracia no era necesario resistir al pecado. Pareciera que el hecho de vivir bajo la gracia, era una licencia para pecar. Por lo tanto, Pablo los redarguye, y los exhorta a reafirmar y renovar constantemente su decisión de resistir al pecado y seguir a Cristo. Ellos tenían que tomar la decisión de seguir a Cristo, como siervos fieles y prudentes.

Como dice Pérez Millo, “el régimen de la gracia es un régimen de libertad. Sin embargo, la libertad no es puerta para el libertinaje. La libertad alcanzada en la gracia no es un pretexto que sirva para presentar el cuerpo como base de operaciones para la carne, que es libertinaje.” Una cosa es ser libre y otra cosa es el libertinaje. Cristo nos hizo libres, pero a la misma vez somos sus siervos o esclavos (doulos). Esa libertad no nos da permiso para pecar, y eso Pablo quería que la iglesia en Roma lo tuviera presente. Por eso él les dice, “pecar”, en ninguna manera, no tienen permiso. No podemos someternos al pecado, de así hacerlo, ya no seríamos doulos de Jesús, sino esclavos del pecado, y del pecado para muerte. Pérez Millo dice que el servicio voluntario al pecado, excluye el servicio a Dios en la esfera de la justicia. Estar bajo la gracia incluye la obediencia a Dios y esta se manifiesta en obediencia a la justicia.

¿Qué es justicia? De acuerdo al Diccionario Bíblico Holman, justicia es el orden que Dios procura reestablecer en Su creación donde todas las personas reciben el beneficio de la vida de Él. La justicia presupone que la intención de Dios es que las personas vivan en comunidad. El hombre no es justo por naturaleza. La justicia no es innata del ser humano; sólo de Dios. Para que el hombre sea considerado justo, tiene que aceptar la justicia de Dios, obedeciendo la doctrina de Dios, y no someterse a las llamadas al pecado. En la iglesia primitiva los recién convertidos se comprometían a observar ciertas normas definidas de doctrina y de conducta, basadas en los principios apostólicos y en la consagración del creyente y su relación con Cristo. Esas normas seguramente eran un resumen de doctrina cristiana y ética a la cual el convertido se suscribía cuando aceptaba a Cristo como su nuevo Amo. Es la sana doctrina que se hace referencia en las cartas pastorales. (RV 1960, comentario). No es legalismo tener reglas de conducta, lo importante es que se puedan identificar con la palabra de Dios, con las doctrinas de Jesús y los apóstoles. Pérez Millo dice que la obediencia es la suprema manifestación de justicia, porque expresa la sujeción a la voluntad de Dios sobre cualquier otra cosa.

En el versículo 18 Pablo menciona dos verbos que se contraponen entre sí, primero habla de ser libres, luego habla de ser esclavos. ¿Soy libre, o soy esclavo? El versículo dice: libertados del pecado, el pecado es la muerte, separación de Dios. Luego dice siervos o esclavos de la justicia. La justicia la recibimos en la obediencia a Jesús. El mismo Jesús que nos dice, que al conocerlo a Él (la verdad), seremos verdaderamente libres; libres al pecado. Por otro lado, dice que separados de Él nada podemos hacer, o sea que seremos esclavos de Él para poder hacer o ser alguien. Siendo libres de la muerte (pecado), pasamos a ser esclavos de la vida (Jesús). Pérez Millo señala que la obediencia trajo como resultado la liberación del estado de esclavitud bajo el pecado, en que se encontraban antes los creyentes. La libertad equivale a la certeza de servir a Dios. La verdadera libertad no es dejar de servir, sino todo lo contrario, ocuparse en el servicio. Quienes están en el servicio de la justicia gozan de la verdadera libertad, que es la libertad del pecado.

En el versículo 19, Pablo se identifica con el pueblo, entendiéndolo que no podía hablarle más fuerte, y navega en la débil mentalidad humana. Les dice ya que por ser tan débiles se sometieron al pecado, ahora los anima a santificarse para servir a la justicia. El modo de expresar la verdad se hace por medio de un vocabulario propio de hombres, tomado de las palabras comunes entre los romanos. Esta forma de expresar la verdad se debe a la humana debilidad de los destinatarios, ya que, como hombres, tienen un conocimiento limitado y, por tanto, una limitada capacidad de comprensión. (Pérez Millo).

Jesús mismo le hablaba a la gente por parábolas. Reconocía el maestro que eran gente de humana debilidad, que no entendían lo que Él les hablaba, cuando lo hacía de manera espiritual. A sus discípulos, les dijo en Mateo 13:13 “Por eso les hablo por parábolas: porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden.” Esta gente era de mentalidad débil, que no podían comprender las palabras de Jesús. (leer cap. Completo). La debilidad propia del hombre, en su mente limitada como hombre, es incapaz de alcanzar a comprender la dimensión del pensamiento divino, solo comprensible al propio Espíritu de Dios. El apóstol exhorta a que los creyentes presenten sus miembros para servir a la justicia. La pregunta es: ¿cómo presentar nuestros miembros para servir a la justicia? En Efesios capítulo 5:1-20, Pablo hace una lista de obras que no se deben hacer. Comienza el capítulo exhortando a los creyentes a ser imitadores de Dios como hijos amados. Ahora bien, ¿cómo el creyente puede ser imitador de Dios? El Señor dice: “Sed santos, porque yo soy santo”. La santidad no consiste en lo que vistamos o dejemos de vestir, aunque es importante, consiste en que obras de la carne se realizan, o más bien en no realizarlas, y ser separado para el servicio del Señor. En este listado, Pablo señala la fornicación como primera obra carnal. La fornicación que es una aberración sexual, donde se esta dañando el cuerpo. Menciona toda inmundicia, avaricia, palabras deshonestas, necedades, truhanerías (estafadores). Más aún dice que no puede ser participe con los que practican tales cosas, sino que anden en acciones de gracias. Haciendo el bien a los demás, conforme el Espíritu Santo dirija.

Ser siervo no depende de lo mucho que se haga o del lugar que se ocupe, en la iglesia. Son muchos los creyentes que piensa, que, por tener grandes ministerios, o posiciones de renombre en las iglesias, son siervos del Señor. Jesús mismo dice: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos”. (Mat. 7:21). Hay muchos que trabajan en diferentes áreas y o ministerios, sin embargo, por eso nos lo hace siervos de Dios. Jesús sigue enseñando: “Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre chamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros”. (Mt. 7:22). Esto es lo que Jesús declara enfáticamente. Muchos servirán en su nombre y creerán que son sus siervos, pero en realidad nunca los conoció. Por eso en el v. 23, dice: y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad”. Estas palabras de Cristo ponen muy en claro que es posible proclamar el evangelio en el nombre de Cristo, expulsar demonios y hacer milagros sin tener la genuina fe salvadora en Cristo. (Com. Exegético Biblia Vida Plena RV. 60).

Después del milagro de la alimentación de los cinco mil, Jesús fue al otro lado del mar de Galilea, el de Tiberías. (Juan 6:1). La gente lo siguió, hallándole al otro lado del mar. Lo primero que le preguntaron fue como había llegado hasta allá. Para conocer la respuesta de Jesús (6:26-27). A la pregunta de que debían hacer para poner en práctica las obras de Dios, él les respondió que la obra de Dios, que creyeran en el que él ha enviado. ¿A quién había enviado? Al Cristo, quién les estaba hablando en ese momento. Esa es la voluntad de Dios, en todo momento creer en el Cristo. Una vez se recibe como Salvador, entonces se le podrá llamar Señor, Señor, por el Espíritu Santo.

El siervo del Señor, es el que sirve. Santiago y Juan le hicieron una petición a Jesús que puso muy enojado a los demás. (Mat. 20:26). Se acercaron a Jesús, pidiéndole que en su reino les concediera sentarse uno a su derecha y el otro a su izquierda. Esta petición denota, la injusticia, ellos no veían que los diez restantes eran tan importantes para Jesús como ellos mismo. Querían

sobresalir sobre los que componían la iglesia en ese momento. Jesús, aplacó la ira de los demás, manifestando que esto no le correspondía a él, sino al Padre. Más le dijo que el que quisiera ser grande fuera servidor de los demás. El mismo les había dicho, que no vino para ser servido sino para servir y dar su vida en rescate por la humanidad.

Todas las bendiciones del reino, son para aquellos que se dan en servicio a Dios, haciendo su voluntad. En el cuerpo de Cristo, todos tienen una tarea, y la misma sea de renombre o sea pequeña, es importante para Dios. Lo vemos en la parábola de las minas, a uno dio cinco, a otro dos y a otro uno. Todos eran importantes y a todos habría de pedirle cuentas por su servicio. Cuando realmente somos siervos (esclavos-doulos) de Dios, podremos decir como aquel siervo: Siervo inútil soy, porque lo que tenía que hacer hice. ¿Quieres, hoy convertirte en un siervo del Señor, o quieres hacer como Santiago y Juan, pedir grandezas? La grandeza está en el servicio. Sirve con pasión a todo el que se te acerca, y estarás haciendo la obra que Dios requiere de ti. Cuando Jesús pregunte ¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su casa para que les dé el alimento a tiempo? Que puedas decir heme aquí, envíame a mí.

Dios te bendiga

vazquezmillie@hotmail.com

DESDE PUERTO RICO CON AMOR



Vista del Morro